

Cuando no se quiere descubrir la verdad por ser comprometedora,



siempre se buscan pretextos que de algún modo justifiquen el propio proceder. Hoy el evangelio nos recuerda la treta que emplearon los saduceos con Jesús al manipular las Escrituras para negar el hecho de la resurrección

cosa que admitía el grupo de los fariseos pero que ellos rechazaban.

La doctrina queda clara: los muertos resucitarán, sin duda. Pero ¿qué sucederá con aquellos lazos y compromisos que caracterizan la vida terrena? Y el Señor nos da la clave: aunque nuestra condición de seres corpóreos nos lleva a representar el más allá como si de algo temporal se tratase, nos servimos de esas analogías (hablamos de lugares, de sentimientos, de purificación, de felicidad como satisfacción rebotante...), aunque sabemos que luego *seremos como ángeles*, seres espirituales no sujetos a las leyes de la materia pero no por ello esa condición es menos real y trascendente.

Podemos hacernos una idea a partir de la analogía que observamos en el uso que damos al término *felicidad*: entendemos lo que es disfrutar del bienestar material, estar plétóricos de salud y de energía, con los problemas materiales resueltos ; pero nos damos cuenta que existe otro nivel que, aún sin descartar el sacrificio y la contrariedad, proporciona una gratificación de orden superior como el haber alcanzado una meta por la que se ha luchado incluso a lo largo de mucho tiempo –a mayor esfuerzo mayor satisfacción!- o haber resuelto un acuciante problema que nos perturbaba. Aún más, ¿acaso no hemos experimentado una mayor felicidad cuando nos hemos visto y sentido respetados, comprendidos y queridos? Pues, pasando al orden espiritual y definitivo, todavía tenemos un motivo que nos proporciona una

felicidad superior: sabernos infinitamente amados por Dios, con una conciencia limpia a pesar incluso de las limitaciones propias de nuestra condición. ¿Cómo no confiar en las palabras de Jesús cuando para referirse a la suerte de los bienaventurados afirma expresamente: *ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección*



Lectura del segundo libro de los Macabeos (7,1-2.9-14)

En aquellos días, sucedió que arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la Ley.

Uno de ellos habló en nombre de los demás: *¿Qué pretendes sacar de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que quebrantar la ley de nuestros padres.*

El segundo, estando a punto de morir, dijo: *Tú, malvado, nos arrancas la vida presente; pero, cuando hayamos muerto por su ley, el Rey del universo nos resucitará para una vida eterna.*

Después se burlaron del tercero. Cuando le pidieron que sacara la lengua, lo hizo enseguida y presentó las manos con gran valor. Y habló dignamente: *Del cielo las recibí y por sus leyes las desprecio; espero recobrarlas del mismo Dios.* El rey y su corte se asombraron del valor con que el joven despreciaba los tormentos.

Cuando murió éste, torturaron de modo semejante al cuarto. Y, cuando estaba a punto de morir, dijo: *Vale la pena morir a manos de los hombres, cuando se tiene la esperanza de que Dios mismo nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida.*

Palabra de Dios

Salmo: ***Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor.***

Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores,
presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño. **R/.**

Mis pies estuvieron firmes en tus caminos,
y no vacilaron mis pasos.

Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío;
inclina el oído y escucha mis palabras. **R/.**

Guárdame como a las niñas de tus ojos,
a la sombra de tus alas escóndeme.

Yo con mi apelación vengo a tu presencia,
y al despertar me saciaré de tu semblante. **R/.**

Lectura de la 2ª carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses
(2,16-3, 5)

Hermanos:

Que el mismo Señor nuestro, Jesucristo, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado y nos ha regalado un consuelo eterno y una esperanza dichosa, consuele vuestros corazones y os dé fuerza para toda clase de palabras y obras buenas. Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra de Dios siga avanzando y sea glorificada, como lo fue entre vosotros, y para que nos veamos libres de la gente perversa y malvada, porque la fe no es de todos. El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os librará del Maligno.

En cuanto a vosotros, estamos seguros en el Señor de que ya cumplís y seguiréis cumpliendo todo lo que os hemos mandado. Que el Señor dirija vuestros corazones hacia el amor de Dios y la paciencia en Cristo.

Palabra de Dios

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (20,27-38)

En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús: *Maestro, Moisés nos dejó escrito: 'Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y dé descendencia a su hermano'.*

Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer.

Jesús les dijo: *En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección.*

Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor 'Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob'. No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos.

Palabra del Señor



Todos sabemos que una de las notas de la Iglesia de Jesucristo es



la universalidad, es decir, la misma iglesia se hace presente en las distintas regiones y culturas, combinando así armoniosamente la unidad con la diversidad. Esa Iglesia

universal presenta rasgos propios en cada iglesia particular (diócesis) donde las comunidades se desarrollan bajo el gobierno de un pastor (obispo).

La experiencia que cada fiel tiene de esa iglesia universal la alcanza a través de su diócesis y, más en concreto, en la propia parroquia.

De ahí la importancia que hemos de conceder a la Jornada que hoy celebramos: las ayudas, los servicios que la Iglesia nos presta, llegan a nosotros por medio de la diócesis. ¿No será lógico que mostremos nuestra solidaridad con la Iglesia Diocesana? Recuerda el slogan de la Jornada que hoy celebramos: ***Sin ti no hay presente. CONTIGO hay futuro***

Carta a la diócesis

Queridos hermanos: recordamos en esta Jornada de la Iglesia Diocesana que somos una gran familia. Ser cristianos no es simplemente conservar algunas tradiciones culturales o ser de una opinión particular en temas morales. Antes que todo ello es pertenecer a una «gran familia», abierta al mundo y no cerrada a nadie, porque la vida que recibimos no tiene límites ni fronteras, nace del amor creador del Padre y de la entrega del Señor por cada uno de nosotros.

Como dijo Jesús: quien hace la voluntad de mi Padre es mi madre, mi hermano y mi hermana. Acoger a Jesucristo en la fe nos hace hermanos, por encima de toda diferencia o distinción. Somos una familia, en la que somos amados, aprendemos a ser persona y a caminar hacia la perfección en el amor, recibimos inteligencia para estar en el mundo.

Pero ser familia es algo concreto. Significa personas conocidas, relaciones fundamentales, tiempos y lugares. Sin esta «familia diocesana», sin ser comunidad real y palpable, la fe no sobrevive realmente. Esto significa también que, sin la persona de cada uno, sin su presencia y participación, sin compartir juntos la fe y las necesidades de cada día, esta «familia» no se hace real entre nosotros.

Estar, permanecer, acudir, ayudar en nuestra parroquia y comunidad, es decisivo; molestarse, si fuese necesario, para ir a la misa dominical, resulta imprescindible. Cambiará nuestro ser comunidad o parroquia, cambiará nuestra vida. La opción por el aislamiento o la soledad, no moverse para estar y celebrar con los hermanos, tendrá justificaciones circunstanciales o momentáneas, pero a la larga es un error, es abandonar la casa del Señor.

El presente de esta nuestra «Iglesia diocesana» depende, pues, de cada uno; sin nosotros, la fe en el Evangelio no tiene carne real: sin ti no hay presente.

Por el contrario, contigo hay futuro. Unidos, como miembros de la «familia de Dios», donde Él es el Padre y todos somos hermanos,

que nos sentamos a la mesa eucarística que Jesús el Señor nos prepara, descubriremos mil posibilidades de camino, de compañía y sostén mutuo en las fiestas y en la vida cotidiana, en el sufrimiento y en los duelos; pero también posibilidades de iniciativas nuevas, de protagonismo en nuestra Iglesia, de presencia y de intervención eficaz, inteligente y caritativa, en el mundo.

Aunque nos veamos pequeños, a nosotros mismos o a nuestra comunidad, a nuestra «familia eclesial», no tengamos miedo. Todas las riquezas de vida y de verdad vienen de Dios; y Él hace cosas grandes con los humildes, también con nosotros: contigo, con Él, hay futuro, fecundidad y alegría.

Cuidemos, pues, este ser «familia» de nuestra Iglesia diocesana en Lugo, aportando ante todo esa gran riqueza –aunque esté escondida– que es nuestra persona, nuestro corazón y nuestras manos. Y estemos siempre seguros de que el Padre, que es bueno, sabrá colmar de bienes a sus hijos que le piden pan, y sin tardar.

Que santa María, la Virgen de los Ojos Grandes, nos haga sentir a todos siempre su amor maternal y sus cuidados; que guarde en nosotros y haga crecer el afecto verdadero por nuestra «familia eclesial», por nuestra parroquia y nuestra Iglesia en Lugo.

†Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

ACOMPañAR A LOS NIÑOS A MISA



No hace mucho se publicó el libro: *“S’il te plaît, Maman, emmène-moi me confesser”...* (Por favor, mamá, llévame a confesar, llévame a Misa). El asunto es que

hay niños que no dicen *yo no quiero ir a misa*, sino al revés, quieren pero no pueden. No les llevan. Los niños aprenden, en la clase de religión y en la catequesis, la necesidad de las buenas obras, la asistencia a Misa los domingos...

Cada niño es distinto, pero a más de uno se le han escapado algunas lágrimas cuando ellos no van a misa casi nunca, ¿Y eso? - *Mis padres no pueden traerme porque los domingos tienen muchas cosas que hacer y como soy pequeño no me dejan venir solo. Me gusta venir, y cuando alguna vez me han traído lo paso bien, pero es que no pueden.*

Hay padres, respetuosos y liberales, que bautizaron a sus hijos, los traen a la catequesis y celebrarán la 1ª. Comunión, pero esos niños, apenas conocen la comunidad reunida para celebrar la Eucaristía, la alegría de ver cómo un domingo cualquiera celebran juntos el día del Señor y después van al bar a tomar algo.

En otras épocas era distinto, los padres creyentes, practicantes, comprometidos con la parroquia, lo de la misa de los domingos lo llevaban con toda naturalidad y los niños tenían el privilegio, sobre todo si vivían en un pueblo, de no necesitar de nadie para ir a la escuela o a misa. Quizá también se faltaba a misa, pero no se perdía el sentido de lo religioso.

Ahora son niños con inglés, informática, deporte, pero jamás pueden ir a la escuela solos, correr por la calle, beberse el vino de misa como hacían los monaguillos o hacer una escapada para estar con un amigo. Son dependientes. Lo tienen casi todo pero les falta el acompañamiento religioso.

El acompañamiento de los padres es vital para que los hijos puedan comprender el valor de la cercanía de Dios y de la Misa Dominical. Que Dios estará presente en sus vidas como lo está en la vida de los padres. Que se pueden apoyar en Él, confiar en su voluntad. Que no caminan solos. Él va siempre a su lado de una forma tan hermosa que pueden oír y comprender lo de la Sagrada Escritura: *Confía en el Señor de todo corazón y no te apoyes en tu propia inteligencia; reconócele en todos tus caminos y Él enderezará tus sendas* (Proverbios 3,5-6)

(Blog de V.L.)